

HOMENAJE AL PANDORGO



Texto por:
Ginés de Pasamonte
Cartas desde el exilio

La admiración por los ídolos es un fenómeno místico que traspasa culturas, ideologías, clases sociales, razas y géneros. A pesar de los recelos de los que con una tenacidad forzada han intentado explicar los comportamientos y cambios sociales desde perspectivas exclusivamente materialistas o estructuralistas, lo cierto es que la figura del ídolo emerge en las sociedades como reflejo cultural y axioma de una lógica humana teñida de espiritualidad. Estos héroes populares pueden nacer de situaciones confusas, diversas y conflictivas que se pierden en los pasillos más oscuros de la historia, pero casi todos tienen un carácter épico o milagroso que representa y exalta la dignidad y virtudes de sus prosélitos y discípulos. Los hay que obedecen a una necesidad de reafirmación ideológica y referente movilizador, como los Che Guevaras y Durrutis tan obscenamente manuseados por ciertos sectores de la izquierda. Otros que asienten protección divina y promesas de eternidad a cambio de obediencia, fidelidad y algún que otro donativo, como los iconos de vírgenes, apóstoles y profetas que habitan en los santos lugares de oración. Y los que responden al mito fundacional de una nación frente y contra otras, la excepcionalidad de una raza o la necesidad de muchos individuos y colectivos por reforzar sus vínculos emocionales e identitarios con su entorno más cercano. Aquí los Viriatos, Aníbal, Romulos y Remos, Arturos, Atilas y Moctezumas, Bolívars y hasta Maradonas se mezclan, confunden y coexisten en el imaginario con otros referentes locales como las vir-

gencicas de cada pueblo o los ilustres personajes que por su "fuerza moral", fama o prodigio representan y distinguen la idiosincrasia de nuestra "patria chica". He aquí donde resplandece y sobresale entre todos los demás el ídolo o animal mitológico de la fauna ciudadrealeña, la figura o símbolo que cubre de honor y prestigio a la ciudad. Por supuesto, estoy hablando de El Pandorgo.

No nos engañemos. El Quijote es un personaje estimado por todos nosotros, simpático, al que debemos cierta gratitud porque desde mucho tiempo atrás ha dotado a La Mancha de ese carácter universal que la hace famosa y enigmática en el mundo entero. Más ahora que nos queremos subir al carro de la mercantilización de la cultura y la explotación de parques temáticos. No obstante, todos somos conscientes de que El Quijote representa al anti-héroe. De ideas excéntricas, románticas e idealistas, costoso de leer y muchas veces de entender, perdió casi todas las batallas y humillado cuando enarbolaba la bandera de La Mancha y de su amada Aldonza (perdón, quise decir Dulcinea). Al menos nadie puede asegurar que fue oriundo de nuestra capital, menos mal que se lo reparten y disputan algunos pueblos de la provincia, y de no haber sido por ese éxito de crítica literaria que convirtió al Hidalgo y Caballero en insignia cultural de todo un país, ya nos hubiéramos encargado de salvaguardar el orgullo y la dignidad de las manchegas y manchegos llevando todas sus